

# La náusea de Sartre como una forma de iluminación

Francisco TAUSTE ALCOCER  
Societat Catalana de Filosofia

RESUM: El meu propòsit és estudiar en paral·lel l'experiència sartriana de la náusea al costat d'un text de Zubiri del llibre *El hombre y Dios*, en el qual planteja la seva teoria del relligament a partir d'una anàlisi del poder de la realitat. Així la reacció de Monsieur Roquentin davant la contemplació dels objectes quotidians representa una experiència que no es queda en la constatació de l'absurd de l'existència humana, sinó que culmina en el descobriment de la presència enigmàtica de la realitat com a element decisiu a l'hora d'exercir una mena de pressió sobre el subjecte. Això podria ser el preludi del que Zubiri anomena «el problema de Déu».

PARAULES CLAU: Sartre, Zubiri, realitat, subjecte.

## I

Al acercarme a leer nuevamente *La náusea* de Sastre, propongo pensar el episodio de la contemplación de la raíz del castaño en el jardín público con un enfoque distinto del habitual, cuando nos encontramos hoy en un contexto muy diferente del característico del existencialismo francés de la época.

Mi pretensión es estudiar en paralelo esta experiencia real de la náusea junto a un texto de Zubiri de su obra *El hombre y Dios*, donde plantea su famosa teoría de la religión a partir de una consideración del poder de la realidad que envuelve al sujeto. Por tanto, la reacción angustiada y desesperanzada de Roquentin ante la contemplación de los objetos cotidianos no es más que una forma de responder a los estímulos de un mundo que está ahí con nosotros y que no nos abandonará mientras vivamos.

## II

No hay que ver en esta respuesta de la náusea nada patológico (no se trata de una enfermedad), sino que más bien representa el descubrimiento de uno mismo como náusea.

Tal conclusión nos lleva a profundizar en la otra raíz nuestra: la existencia humana, que intenta manifestarse con claridad.

Tratándose de una meditación filosófica es pertinente una pregunta como ésta: ¿cómo caracterizar esta existencia que se me ha manifestado tan abiertamente? La respuesta sartreana no puede ser más precisa: es como una «forma vacía que se agrega a las cosas desde afuera sin modificar su naturaleza.»

Las cosas que nos rodean se desvanecen en su individualidad, dando a conocer su carácter aparente, su vanidad, diría un clásico de la espiritualidad.

Esta contemplación de la apariencia de la realidad nos sitúa en la desnudez de la existencia como una forma de sumisión e incomodidad que lo homogeneiza todo.

Al experimentarnos como existentes, inmediatamente descubrimos que estamos de más, que somos superfluos todos, los seres humanos y las cosas que nos rodean. Y, claro, al sentir que estamos de más, llegamos a sentir miedo, un miedo profundamente metafísico. «Miedo de que (la náusea) me atrape por la nuca y me levante como una ola.» El escenario parece tomado de las novelas de terror.

He aquí el primer movimiento de lo que podríamos denominar la meditación del jardín. Como podemos constatar, vemos que se parece bastante a lo que sería un ejercicio espiritual de carácter budista cuya finalidad es la contemplación de la vacuidad de lo real.

El segundo movimiento comienza cuando nos enfrentamos al absurdo de la existencia. Y ahí aparece el problema del suicidio.

Si pienso destruir mi existencia superflua, compruebo que ese posible suicidio también estaría de más. Así es como llego a experimentar el carácter absurdo y, por tanto, superfluo de todo lo que me rodea.

Cuando afirmo taxativamente: «Todo es absurdo», me acerco al discurso de la locura. Y entonces trato de salir de él, acercándome a las explicaciones de las ciencias por lo que tienen de racionales. Y eso, tal vez, me consuele.

Pero la razón científica se encuentra fuera del ámbito de la existencia, ya que siempre se remite a una instancia superior de carácter exacto que está fuera del espacio y el tiempo. En el texto de referencia, Sartre nos habla del círculo como un objeto no absurdo, ya que carece de existencia debido a su carácter puramente geométrico.

La existencia me sitúa en las cosas que me rodean, como los árboles del jardín.

Pero volvamos de nuevo a esa situación de náusea, que se presenta de forma terrorífica como la comprensión radical de nuestro contingente estar ahí rodeados de objetos absurdos.

La constatación de esta contingencia lleva a Sartre a buscar su posible superación a través de la hipótesis de un ser absoluto, que en la filosofía tradicional se conside-

raba causa de sí, pero al instante reconoce que ningún ser necesario puede explicar la existencia. Por lo tanto, sólo cabe afirmar el carácter absoluto de la contingencia, es decir, la gratuidad total.

«Así, todo es gratuito: ese jardín, esta ciudad, estos árboles, yo mismo», piensa Sartre.

Cuando uno no comprende el sentido último de todo, se le revuelve el estómago y todo empieza a flotar.

Un mundo completamente desnudo y vacío de sentido se le presenta de golpe como una evidencia tan poderosa que hace trizas cualquier discurso ideológico sobre la voluntad de poder o la lucha por la existencia. El único discurso con posibilidades de permanecer en nuestra memoria es el discurso sobre la nada del mundo.<sup>1</sup>

En este discurso se puede experimentar directamente cómo el jardín se vacía como por un gran agujero o el mundo puede desaparecer de la misma manera que había venido a la existencia.

### III

El filósofo vasco Xavier Zubiri también se enfrenta a una experiencia similar,<sup>2</sup> partiendo de la pregunta: «¿cómo se hace una persona a partir de sus acciones?»

El tratamiento del problema es mucho más abstracto: «yo frente a las cosas», o, más bien, «el hombre hace su vida con las cosas», entendiendo este *con* no como un momento añadido sino como un momento que «intrínseca y formalmente pertenece a la persona en cuanto absoluto.»

Por tanto, el contacto cotidiano que tengo con las cosas que me rodean forma parte de una manera de vivir donde descubro cómo mi persona se funda en la realidad.

La importancia de la realidad en mi vida es tal que sirve de apoyo de mi estructura personal como algo último.

Zubiri también aborda el problema del suicidio, considerándolo como una prueba del carácter último de lo real, pues la persona que intenta quitarse la vida, lo que busca es evadirse de una realidad que representa ese fundamento para ser persona.

Avanzando en sus análisis, trata de profundizar en la ultimidad de lo real a partir del citado concepto de fundamentalidad. La expresión que sintetiza esta experiencia de la fundamentalidad de lo real es como sigue: «la realidad me determina a estar “frente” a ella», entendiendo esta determinación física como una forma de dominación o poder, lo que los alemanes denominan *Macht*, en el sentido de la voluntad de poder nietzscheana. De este modo, la formulación sobre el poder de lo real quedaría

1. No olvidemos que el protagonismo de la nada en la historia de la filosofía enlaza directamente con el paso del paganismo al cristianismo.

2. Xavier ZUBIRI, *El hombre y Dios*, capítulo «¿Cómo es el hombre?», Madrid, Alianza, 1984, p. 75-112. (Los textos entrecorridos pertenecen a las páginas citadas de este capítulo.)

así: «la realidad que nos hace personas es dominante, es decir, ejerce su dominio sobre mí “relativo absoluto”.»

Ese poder que la realidad ejerce sobre mí se presenta como una forma de *apoderamiento*, que, gracias a él, me hago persona.

Y, a continuación, se pregunta: «¿en qué consiste ese poder de lo real?» Y la respuesta no puede ser otra que «por su carácter fundante», es decir, gracias a ese *apoderamiento* llego a ser realidad personal.

«El hombre no sólo no es nada sin cosas sino que necesita que éstas le hagan hacerse a sí mismo.»

Y de ahí concluye que «el *apoderamiento* nos implanta en la realidad y nos liga al poder de lo real para ser relativamente absolutos.»

Esta ligadura es lo que denomina *religación*.

Por tanto, la experiencia de la *religación* no está mediada por un contexto formalmente religioso, sino que nace espontáneamente dentro de mi comercio cotidiano con las cosas. Día tras día experimentamos, de una manera puramente empírica, que el ser humano no es nada, sino los objetos que lo rodean; es más, necesita de su concurso para hacerse a sí mismo como persona. Y así, estamos en condiciones de afirmar que «nosotros como personas somos los sujetos formales de la *religación*» o, lo que es lo mismo, «la persona está constitutiva y formalmente *religada* al poder de lo real.»

Pero, en definitiva, ¿en qué consiste esta *religación*? Desde luego, no se trata de un mero sentimiento de dependencia incondicional respecto de un absoluto recóndito. Cuando hablamos de *religación* debemos relacionarla exclusivamente con nuestra absoluta vinculación al poder de lo real, con lo que antes hemos denominado *apoderamiento*.

Repensando las características de este concepto, hemos de destacar una que define muy bien la mentada vinculación con la realidad envolvente: su carácter enigmático.

Así pues, la realidad ejerce sobre mí un poder enigmático, capaz de producir una serie de interrogantes tan radicales que es lógico que me produzca pavor y angustia ante una situación tan extraña e inusitada. Por tanto, no son tan inexplicables las vivencias de Monsieur Roquentin en la experiencia vespertina del jardín.

Nuestro filósofo donostiarra subraya cómo la realidad se ha *apoderado* de nosotros no de forma ciega, sino de manera ostensible y experiencial. A lo largo de nuestra vida tenemos la experiencia de vivir ese enigma del poder de lo real, lo cual confirma nuestra situación de *religados*.

La *religación* produce inquietud, que normalmente se manifiesta en preguntas como éstas: «¿Qué va a ser de mí?, ¿Qué voy a hacer de mí?»

Esta inquietud de lo enigmático es una forma de vivir cada día, en cada momento presente, el intento de hacernos personas.

Cuando constato la inquietud que emerge de mí mismo ante una realidad que se ha *apoderado* de mí, no puedo ignorar otro fenómeno indudable que acompaña al

anterior: la *voz de la conciencia*, una voz que sale del fondo de mí mismo y representa el clamor de la realidad.

Esta voluntad del individuo, como voluntad de realización personal, trata de iniciar un proceso de búsqueda para ver cómo se articulan las cosas en lo que llamamos realidad; en definitiva, se trata de una búsqueda del fundamento último de ese poder de lo real.

En realidad, esta búsqueda de un fundamento absoluto acompaña al proceso interior de hacerse persona. Y ya sabemos que toda búsqueda es problemática cuando lo buscado resulta algo enigmático.

Pues bien, esa inquietud que experimento ante el enigma del poder de lo real se sitúa dentro de lo que se ha venido denominando «el problema de Dios», como un problema que «pertenece a la dimensión de mi persona religada intrínseca y formalmente al poder de lo real.»

El contexto en el que se analiza este problema no tiene nada que ver ni con las hierofanías tradicionales ni con las apoloéticas al uso sino, más bien, con una manera laica y puramente racional de ver las cosas.

Desde esta perspectiva, la experiencia sartreana de la náusea es un claro exponente de esta inquietud ante una realidad envolvente de carácter enigmático que para él queda reducida básicamente al enigma de la existencia humana y a su carácter absurdo.

Precisamente la contrapartida de la gratuidad total y del carácter absoluto de la contingencia mundana es ese apoderamiento de lo real cuya presencia inquietante es imposible negar.

#### IV

Cuando intentamos comprender la náusea<sup>3</sup> de Roquentin, no debemos fijarnos exclusivamente en una reacción puramente angustiada de un individuo contingente que está enfrentándose directamente a la raíz de su existencia. Podríamos plantear otras hipótesis.

Rudolph Otto, en su obra *Das Reilige*, nos cita una exclamación de Jacob tomada de *Génesis* 28,17 para expresar una reacción algo parecida ante el enigma de la realidad: «¡Cuán terrible es este lugar!»

Es decir, no aciertas a comprender el sentido último de todo y, ante cualquier posibilidad absoluta, se apoderan de ti un estremecimiento y una inquietud que se confunden con la náusea sartreana.

Nuestra inquietud o nuestra zozobra aparece en el momento en que no acertamos a comprender o a aceptar la existencia de un ser superior que domina todo y posibilita esa dominación de lo real sobre nosotros.

3. No olvidemos el significado del término náusea en el *Diccionario de uso del español* de María Moliner: «Repugnancia física o moral que se siente contra algo.»

El término que utilizan algunos estudiosos como Otto para describir esta reacción ante lo absoluto es «espanto» o «estupor». Y si lo extremamos, podemos caer en el terror pánico ante el carácter tremendo de un posible ser superior.

Ya sea de náusea o de pánico, el caso es que nuestra pregunta ante el gran enigma de la existencia está llena de tales sentimientos y en gran medida se identifican con el que medita diariamente en esos últimos momentos que preceden a nuestra salida de este mundo.

Como diría Platón al final del *Fedón*, no resulta ocioso seguir haciéndose estas preguntas ante estos enigmas que parece que no tienen solución. Porque es en ese ámbito donde es posible que acontezca algún género de iluminación.